

A PROPÓSITO DE ROBERTO PUCCI

Marta Isabel Barbieri

UNT¹



Roberto Pucci (1951-2022)

Comienzo este recorrido sobre la trayectoria de Roberto (Pipo) Pucci, desde un sentido afecto por quien fue mi amigo desde nuestra niñez temprana. Y no pido disculpas por ello ya que me resulta imposible recordar a Pipo de otra manera, más que desde el inmenso cariño que nos profesamos toda la vida.

Durante nuestra adolescencia y juventud, compartimos ideas y debatimos sistemáticamente problemas y temas históricos en reuniones en las que Pipo oficiaba de coordinador de los entusiastas de la historia, muchos de nosotros alumnos de las escuelas/colegios experimentales de la UNT. Durante los años de nuestros estudios universitarios, movilizantes, conflictivos, renovamos nuestra sed de saber, que se reforzó mediante el ingreso en la cátedra entonces llamada “Introducción a la Historia”, que contribuimos a renovar, iniciando, por ejemplo, la elaboración y desarrollos de

¹ Universidad Nacional de Tucumán.
<https://orcid.org/0009-0003-0433-0285>
marta.barbieri@filo.unt.edu.ar

cursos especiales sobre los distintos modos del trabajo historiográfico destinados a los estudiantes de la carrera de historia, como vía para vincularlos con posibles futuros profesionales. También allí fuimos compañeros inseparables, más allá de nuestras diferentes formas de entender el mundo en ocasiones, e intercambiamos sistemáticamente conocimientos y experiencias en investigación y docencia.

Fue Roberto Pucci un exquisito formador de discípulos y un armador de rigurosas y prolíficas singladuras historiográficas, desde sus comienzos, cuando se inició como ayudante estudiantil en Historia Social General, entonces Introducción a la Historia, hasta que coronó su carrera como profesor titular de la cátedra de Métodos y Técnicas de la Investigación en Historia.

Mantuvo siempre una actitud de compromiso al margen de soberbias académicas al servicio de la comunidad de la que formó parte, a partir de relaciones profesionales amigables y como él señalaba, a veces difíciles, en el marco de las mezquindades que caracterizan a algunos sectores. Pese a ello, privilegió el conocimiento de la realidad y su labor como educador e investigador, fundada en la libertad de pensamiento y la autonomía crítica y se dispuso a ofrecer oportunidades a los colegas y estudiantes con los que compartió su vida de historiador y docente.

Recuerdo que, cuando fue dejado cesante por el gobierno militar de 1976, Pipo debió emprender nuevos rumbos laborales y lo hizo con la solvencia y el coraje necesarios para no abandonar convicciones sobre la profesión, la historia y la política, en realidad jamás lo hizo. Algunas se reforzaron, otras, sobre todo en el último plano, cambiaron o ganaron precisión, mejor dicho, y las defendió y practicó con la misma fuerza con que había sostenido sus ideas a lo largo de su trayectoria vital.

En ocasiones, el tiempo transcurre hacia el olvido, pero esto no cabe en el caso de este ser humano tan particular, capaz de enfrentarse a lo instituido tanto en lo personal como en lo profesional. Cultivó y difundió las ideas del realismo crítico proponiendo generar un “conocimiento real de lo social”. Un conocimiento nunca acabado, ni verdad consagrada y por ello promovió la lectura e interpretación de los textos históricos sin dogmatismos ni actitudes reverenciales. Es que enseñó a sus estudiantes a pensar críticamente, y lo hizo desde su decidido individualismo, puesto que lo vivió como la vía para fortalecer y garantizar el ejercicio, la práctica de la libertad.

El historiador de oficio en su visión, artesano dedicado e incansable, detective curioso, cartonero planteaba también, porque gusta de “hurgar y escrudiñar donde nadie

lo hace”, epistemólogo y metodólogo improvisado, sólo debía confiar en su trabajo cuando este se desarrolla rigurosamente y logra, en consecuencia, conocimientos fundados en evidencias. Así, la práctica de la historia como “discurso demostrativo” que demanda la presentación de pruebas y la competencia de ideas, podía constituirse en una herramienta privilegiada para acercarnos, con menor incertidumbre, a los caminos recorridos por las sociedades humanas. En este sentido señalaba Pipo que, como historiadores, procuramos tan sólo aportar a su comprensión y no decía comprender, como logro ya acabado; ni tampoco explicar, como solución definitiva a un enigma.

Todo su quehacer como investigador, teórico y educador giró en torno a la idea de que el trabajo de historiar no acaba nunca, pero no había en él profesión de relativismo alguno, sino reconocimiento acerca del carácter provisional de las verdades históricas que los historiadores buscamos con empeño. Además, Pipo sabía –y brindaba ejemplos sobre ello– que, ante las presiones del poder político, los hechos y los acontecimientos se tornan más frágiles que los axiomas o las teorías consagradas y que, una vez que se esfuman, todos los esfuerzos racionales pierden fuerza y resulta difícil -no imposible- recuperarlos.

Es en el transcurrir de un clima de ideas dinámico y controversial que Pipo contribuyó a retroalimentar con la fuerza de la que hablábamos y años después de retornar a la universidad, que ideó no sólo la fundación del nuestro instituto, sino también la creación -junto a Alfredo Bolsi y Luis Bonano- primero de la Maestría y luego del Doctorado en Ciencias Sociales. Quienes apoyaron tales iniciativas fueron muchos colegas y en base a su esfuerzo, el INIHLEP se consolidó como un núcleo de investigaciones multiplicador de acciones, abierto al pluralismo y a la multiperspectividad. En la actualidad lo dirige la Dra. Matilde Silva brindando esfuerzos e ideas en este sentido. Cada quien puso su granito de arena para hacer crecer esta comunidad de aprendizaje y producción de conocimientos sin prisas ni pausas, sobre la base del intercambio enriquecedor, tan necesarios para la producción historiográfica.

La muerte de uno de sus forjadores, Pipo Pucci, nos generó un dolor enorme por la irreparable pérdida que, sin dudas, trascendió fronteras y espacios sociales. Así lo demuestran figuras relevantes, amigos y no tanto, instituciones y distintas publicaciones que, al margen de su inclinación ideológica, dedicaron notas significativas a su trayectoria y agudeza interpretativa. Se fue demasiado pronto, pero sigue estando con nosotros... no para repetir su historia o imitarla... no lo hubiese querido, sino para

reinventarnos como profesionales meticulosos y críticos conscientes, capaces de reflexionar sobre la interpretación, la erudición y la escritura, como aspectos imprescindibles para hacer historia, tal como lo expresa desde el título de su libro sobre metodología, aún en el marco de las turbulencias que nos toca vivir en nuestro tiempo.

Porque la historia no se queda en el pasado, es la substancia misma de la reconstrucción del presente y del trazado de posibles caminos futuros. Por ello, como lo expresara Elsie Rockwell, es necesario repensar la rica diversidad cultural e histórica de las formas de enseñar y de aprender que constatamos en la historia de la humanidad; el amigo Pipo agregaría, repensar las formas de investigar en el campo de nuestra disciplina: la Historia y es en esta dirección que aportó a la formación y consolidación de un espacio que no se subordinara jamás a la instrumentación partidista de cualquier tipo.

Por todo ello sólo me resta decir gracias a este pensador incansable, intelectual no conformista que marchó incluso a contracorriente de las modas sociales y académicas. Sus valiosas contribuciones historiográficas elaboradas desde el interior de este país tan castigado, aunque promisorio, la recepción de parte de su riquísima biblioteca -que nos hicieron llegar sus hijos- y su memoria, nos alientan siempre y permean la labor que desarrolla nuestro Instituto como ámbito convocante para quienes trabajamos, con capacidad de escucha y sentido transdisciplinar por la elaboración de historias basadas en evidencias y pruebas, y lo hacemos cada día, todos nosotros.